

Reflexiones sobre la crisis del euro (2)

En esta segunda parte presento algunas consideraciones sobre las líneas en disputa frente a la crisis y las tendencias contradictorias implicadas en la creación del euro.

Soluciones capitalistas frente a la crisis

Desde el estallido de la crisis han venido confrontando, de manera más o menos abierta, dos orientaciones dentro de las clases dominantes. La primera, encarnada por el gobierno de Alemania y el Banco Central Europeo (bajo influencia del Bundesbank), acompaña las recetas del “ajuste” con un marcado acento en la estabilidad del euro. Por eso, todavía en julio de este año el BCE subió la tasa de interés del 1,25% al 1,5%, con el argumento de que la inflación superaba el 2%, y sólo en noviembre comenzó a bajarla, cuando el agravamiento de la crisis ya era inocultable. Si bien no llega a los extremos abiertamente deflacionistas, al estilo de von Mises y Rothbard, el peso está puesto en “mantener la estabilidad de precios”, para lo cual se postula intervenciones “medidas” en los mercados. En particular, ha habido una negativa sistemática a que el BCE compre masivamente bonos de los gobiernos más endeudados.

La segunda orientación, defendida por el gobierno de EEUU, el capital financiero, revistas del *establishment* como *The Economist*, buena parte de la comunidad académica (en particular los nuevos keynesianos) y los gobiernos europeos con más problemas, dice que los bancos centrales deben actuar como prestamistas de última instancia, e inyectar masivamente liquidez (como lo hizo la Reserva Federal luego de la caída de Lehman). Si no lo hacen, pueden caer empresas solventes por dificultades de liquidez, desatando pánicos bancarios incontrolados. Además, sigue el argumento, cuando se entra en un proceso deflacionario la demanda se precipita en espiral hacia abajo; y hasta que la economía no toca fondo (y nadie sabe a ciencia cierta dónde se encuentra), el gasto no vuelve a fluir. Algunos también sostienen que, tomada de conjunto, la situación fiscal de la zona del euro no es más grave que la de EEUU o Gran Bretaña, ya que el stock de deuda representa el 88% del PBI y el déficit el 4%. Por eso proponen que el BCE emita eurobonos; lo que implicaría que los países con mejor crédito deberían garantizar las deudas de los más débiles. Asimismo se propone que Alemania estimule las importaciones, a fin de aumentar la demanda de los productos de los países que están realizando el ajuste. Dado que el sector financiero aboga por esta salida, alguna gente de izquierda podría pensar que en esta puja Alemania representa al sector más progresista. Después de todo, fue Merkel la que declaró que “debemos restablecer la primacía de la política por sobre los mercados” (mayo 2010).

Sin embargo, y a pesar de la aspereza de algunas discusiones, se trata de líneas *con coincidencias de fondo*. Es que todos están de acuerdo en que las empresas menos productivas deben ir “a desguace”; en que hay que eliminar sobrecapacidad (producto

de la sobreinversión anterior); y en que las desvalorizaciones de activos y el desapalancamiento son tan necesarios como inevitables. Que es la sustancia de toda crisis: “en una crisis se produce... una desvalorización o destrucción general del capital” (Marx, 1989, t. 1, p. 406). Y por sobre todas las cosas, hay coincidencia en avanzar en las “reformas estructurales” sobre el trabajo y las masas populares, que garantizarían “una recuperación sólida”. Aquí subyace una exigencia del “capital en general”, que se transmite por medio de la desocupación y la movilidad de las inversiones. Podemos explicarla con el ejemplo de Fiat, la mayor empleadora privada italiana. La dirección de la empresa dice que sus plantas en Italia son entre un 15% a 20% menos eficientes que las que posee en Polonia, Serbia y Turquía, y que por esta razón hace trabajar a las italianas a solo el 33% de su capacidad (*The Economist*, 5/11/11). En consecuencia, reclama un mayor poder para desplazar trabajadores entre las líneas de montaje; y quiere negociar sin intervención del sindicato. Lo importante es que, presionados por la desocupación y la crisis, los trabajadores han empezado a ceder a estas exigencias. Así, el 13 de Diciembre de 2011 la dirección firmó un convenio colectivo con 85.000 trabajadores por el cual se alargan los turnos y se reducen los descansos, *a cambio* de la promesa de una inversión de 20.000 millones de euros. Esto es lo que llamamos el “chantaje” de la huelga de inversiones. Los propietarios de los medios de producción imponen sus exigencias, en medio de la desesperación por la falta de trabajo, con la amenaza de no invertir. Y la política de Fiat es la que se proyecta en el nuevo gobierno de Monti. En gobierno procura modificar la legislación para facilitar el despido de trabajadores y eliminar la disposición que establece que, previa sentencia de una corte del trabajo, aquellos que hayan sido despedidos erróneamente, deben ser reinstalados en sus puestos con pagos retroactivos totales.

Políticas similares se están instrumentando en muchos países de la zona del euro, al calor de la crisis (ver *infra*). El ascenso a los gobiernos de los “tecnócratas” Papademos en Grecia y Monti en Italia, es la expresión de esta “lógica del capital y de la rentabilidad”, por sobre los discursos acerca del “comando de la política”. Es el contenido último de la lucha “por la competitividad”. Es que en la década que va hasta el 2010 los costos laborales en todas las naciones del euro aumentaron a tasas superiores que en Alemania. Mientras los costos laborales horarios en Alemania aumentaron, en promedio, al 1,7% anual, en Portugal lo hicieron al 2,9%; en Italia al 3,4%; en Grecia al 3,1%; y en España al 4,1% (según estudios del instituto del sindicato alemán IMK, en base a estadísticas de la UE). Por lo tanto, ahora se trata de reducirlos, y para esto se despliega una ofensiva en la que todas las fracciones del capital coinciden. Las diferencias a nivel de la clase dirigente *pasan por las formas y los ritmos*. Alemania utiliza la presión de los mercados financieros, en la creencia de que las políticas monetarias o fiscales expansivas no garantizan que los ajustes vayan

hasta el final. Sus críticos ven, con alarma, que está tensando demasiado la cuerda, y que el proceso debería tener otros tiempos. Además, sobrevuela el temor a que se dispare una espiral descontrolada de desvalorizaciones. Pero esto también, en alguna medida, es admitido por el BCE. El 19 de diciembre la dirección del banco reconoció que era posible el derrumbe simultáneo de uno o más bancos europeos, e inyectó 489.000 millones de euros -equivalente al 5% del pbi de la zona del euro- en el sistema bancario. De todas formas, no soluciona ningún problema de fondo, y menos para la clase trabajadora. E incluso desde el punto de vista del alivio al crédito, el remedio es muy parcial. Es que dada la incertidumbre y la gravedad de la crisis, la tendencia de muchos bancos no es a invertir en bonos, u otorgar créditos, sino mantenerse líquidos, en previsión de los problemas futuros.

Sigue hacia abajo

La crisis financiera agrava la caída de la demanda y del producto, lo que a su vez empeora la situación financiera. Según los economistas de Barclay, en el cuarto trimestre de 2011 el pbi de la zona del área estaría contrayéndose un 1,4%; y caería otro 0,6% en el primero de 2012. Las exportaciones del área del euro bajaron en octubre un 1,9%, lideradas por Alemania y España; la construcción cayó en octubre por tercer mes consecutivo; y la venta de automóviles tuvo la mayor caída en los últimos cinco meses. En la Unión Europea la desocupación alcanza a 23,5 millones de personas (más de 16 millones de la zona del euro). El desempleo juvenil aumentó más de 5 millones, y es de aproximadamente el 25% en diez países. Los desocupados de largo plazo representan el 40% del total de desempleados. Según la UE, en 2010 unas 115 millones de personas, el 23% de la población, estaban en riesgo de pobreza o exclusión social; el 8% de los que tienen trabajo están en riesgo de pobreza. La UE prevé una economía estancada también en 2012, con un crecimiento del pbi de sólo el 0,5%.

Las mecánicas de los “ajustes” agravan la crisis de demanda, según los países. Grecia lo pone en evidencia. En 2010 el gobierno griego redujo el déficit en 5 puntos del pbi, a pesar de una caída de la economía del 4%. Para esto, despidió miles de empleados públicos, bajó los salarios y redujo beneficios sociales. Pero el déficit en 2011 sería del 9% del pbi, cuando la meta era bajarlo al 7,5%. Es que al caer la demanda, caen el producto y los ingresos, lo que afecta al déficit; de manera que se encaran nuevos ajustes, y todo vuelve a empezar. El pbi caería un 6% en 2011 y se proyecta que caiga otro 2,5%, por lo menos, en 2012. El desempleo (julio) llega al 16,5%; y el déficit de cuenta corriente equivale al 10% del pbi, a pesar de la depresión. La tasa de interés para los bonos gubernamentales a 10 años supera el 29%, lo que hace que el pago de los servicios de la deuda sea prácticamente imposible. Desde el punto de vista de la competitividad, el FMI admite que los costos laborales han bajado, pero no por aumento de tecnología, sino por caída de los salarios (2,5% en general, 3% en el sector manufacturero). El tipo de cambio real, de hecho, no ha mejorado. El panorama se ensombrece aún más en el sector bancario. A lo largo del año los bancos habrían perdido depósitos por 32.000 millones de euros (equivalente al 16,5% de los depósitos

que existía a fines de 2010). Los créditos que no se pueden recuperar alcanzan al 12,8% del total de los préstamos. Además, los bancos deben absorber las pérdidas por el 50% de descuento del valor de los bonos del gobierno. La salida es entonces huir hacia adelante: apurar privatizaciones, reducir el poder de los sindicatos en las negociaciones laborales, liberalizar más los mercados, y seguir “ajustando” para abajo los salarios. “Trabajar más y cobrar menos” es la receta de la ciencia económica que se ha puesto en práctica.

Sólo un poco mejor es la situación en España. Una mejora de las exportaciones permitió que el pbi tuviera una modesta recuperación, del 1,6%, hasta mitad de 2011. Pero desde entonces la economía se detuvo; el pbi crecería en 2011 menos del 1%, y se estancaría en 2012. Miles de viviendas siguen sin venderse, producto de la sobreinversión y de la burbuja previa a 2007. Decenas de miles de personas perdieron sus viviendas, y han quedado endeudadas de por vida con los bancos. El desempleo llega al 23%, y entre la juventud al 48%. Las reformas aquí también pasan por disminuir los beneficios sociales (la edad de retiro se elevó de 65 a 67 años); bajar los salarios de los empleados del Estado (ya disminuyeron 5% en promedio); reducir el poder de los sindicatos e impulsar las negociaciones salariales por empresas; achicar el presupuesto a educación pública; y bajar los costos de los despidos. Además, se busca impedir que los salarios aumenten según la inflación, y se pretende condicionar las futuras subas a mejoras de la productividad. En palabras del FMI, en acuerdo con el gobierno español, que los salarios aumenten según los precios “es inconsistente con la unión monetaria”. El nuevo gobierno conservador solo profundizó lo que ya venía.

El panorama no cambia en Portugal. Aquí también el gobierno está embarcado en las benditas “reformas estructurales”, con el apoyo del FMI y del capital de conjunto. Entre otras medidas, se dispusieron las condiciones para facilitar privatizaciones; y se comenzó la reforma del mercado laboral, abaratando los costos para contratar y despedir. El pbi estaría cayendo en 2011 más un 2,2%, y se proyecta una caída del 2% en 2012; el desempleo ronda el 12%; el déficit de cuenta corriente es del 8,6% y el déficit estatal roza el 6%, a pesar de todos los “ajustes”.

Por otra parte, al momento de escribir esta nota se multiplican los síntomas de, por lo menos, una fuerte desaceleración de la economía mundial. China crece a tasas más bajas, y lo mismo parece estar sucediendo con India. La economía de Brasil se estancó en el último trimestre. En Japón se ha debilitado la demanda, en particular por el debilitamiento de las exportaciones. El único rayo de luz en este cuadro viene de EEUU, donde han caído los pedidos de subsidios por desocupación; se aceleró la producción manufacturera, según informes de bancos regionales de la Reserva Federal; y hay signos de alivio en la construcción de viviendas. Pero por ahora no alcanza a revertir la tendencia a la desaceleración de la demanda mundial o, peor, a una recesión. Lo cual afectaría de lleno a Alemania, la economía clave de la zona del euro. Nunca debe perderse de vista la dependencia alemana de la demanda de sus exportaciones; según el FMI, un 1% de crecimiento de los socios comerciales implica un crecimiento del 0,5% del pbi germano. La recuperación de Alemania a partir de mediados de 2009 estuvo tirada por la demanda de sus exportaciones; ahora

asistiríamos al escenario inverso. La perspectiva para las economías más débiles es, por supuesto, peor. La caída que experimentó el euro en los últimos meses no alcanza a mejorar sus posiciones competitivas.

¿Nacionalismo en puertas?

Si bien el capital europeo sigue apostando a la moneda única, la mecánica de la crisis hace que *la perspectiva del derrumbe del euro sea cada vez más concreta*. Ante este escenario, es lícito preguntarse si Europa camina hacia un fraccionamiento en bloques, o incluso países, embarcados en furiosas guerras competitivas. Recordemos que el fracaso, en 1931, del intento de vuelta al patrón oro, dio lugar a zonas monetarias (de la libra, el marco, el franco, el dólar), lo que contribuyó a la exacerbación de las rivalidades nacionales, al hundimiento del comercio, y a profundizar la caída del producto mundial. ¿Estamos en vísperas de un escenario parecido? Además, ¿marcaría esto el viraje hacia políticas cerradamente nacionalistas, liquidando así cualquier proyecto de moneda europea común?

Es claro que los problemas que están enfrentando los países más débiles de la zona del euro aumentan la tentación de salirse del euro. Es la salida que proponen partidos y corrientes, tanto de derecha como de izquierda, y los antecedentes parecen avalarla. Por ejemplo, en septiembre de 1992 Italia debió abandonar el European Exchange Rate Mechanism (un sistema de monedas atadas). En los años que siguieron la lira cayó 40% contra el marco alemán, Italia pasó a tener superávit, y se recuperó el crecimiento. Y yendo más lejos en el tiempo, muchos recuerdan que la devaluación del dólar en 1933 ayudó a EEUU a recuperarse; o que España, que no estaba bajo el patrón oro y devaluó, sufrió en menor medida la depresión. ¿Por qué hoy no pueden hacer algo parecido los países de la zona del euro en problemas? Muchos envidian la posición de Polonia: con una moneda depreciada y bajos costos laborales, es competitiva en Europa. Aunque todos sean conscientes de que las devaluaciones generalizadas no conducen a ningún lado, con estas ideas cobrando impulso, el fraccionamiento de Europa es una posibilidad. El veto del primer ministro británico, Cameron, a la reforma fiscal de la UE, parece apuntar en el mismo sentido. En la última cumbre de la UE Cameron demandó garantías para que la City de Londres estuviera exceptuada de futuras regulaciones europeas (o de la imposición de un impuesto Tobin, que también se consideró en la UE; para una discusión sobre el impuesto Tobin, ver aquí). Pero siendo importantes estos elementos, pensamos sin embargo que los factores económicos y sociales que estuvieron detrás de la creación de la moneda única seguirían presentes, aun cuando colapsara el euro. En este sentido, es significativo que el gobierno de Polonia, si bien hoy no pretende entrar al euro, no descarta hacerlo en un futuro. También es sintomático que la comunidad de negocios británica esté dividida en torno a lo que hizo Cameron. La queja es que alejó la posibilidad de que Gran Bretaña incida en futuras regulaciones, y además se señala

que el aislamiento no trae ningún beneficio. Por otra parte, después del veto británico, 23 países de la UE, liderados por Alemania, intentarán acordar un nuevo tratado internacional; y Berlín quiere fortalecer la Comisión Europea y la Corte de Justicia Europea, dándoles poder para intervenir en los países. Lo cual está evidenciando que así como hay impulsos de vuelta al nacionalismo, también opera la tendencia contraria.

Tendencias a la mundialización y contratendencias

Para poner lo anterior en perspectiva, hay que partir de que el euro ha sido una respuesta a los problemas que le planteó al capital europeo la globalización, esto es, la internacionalización del capital. En otros términos, el proyecto de la unidad europea *expresa una necesidad profunda de los capitales, y por eso se ha mantenido vigente, pese las tensiones y contradicciones*. Es que si bien la globalización no anuló las referencias geográficas y nacionales de los capitales, ni eliminó los conflictos en torno a zonas de influencia, cuotas de mercado o campos de inversión, colocó, sin embargo, estos conflictos en un plano distinto del que existía, por ejemplo, en la década de los 30; o aún al de los años 50 o 60. Aquí operan dos factores. Por un lado, está la tendencia a la expansión transfronteras, impulsada por la búsqueda de ampliar los mercados y los campos de inversión. Pero por otro lado, está el hecho de que los capitales no han perdido sus referencias nacionales. El capital completamente transnacionalizado, esto es, aquél que ha perdido toda referencia a un espacio geopolítico determinado, es por ahora más bien atípico.

Las grandes corporaciones, aunque tienen estrategias e inversiones globales, *no dejan de tener una relación privilegiada con "sus" Estados nacionales*. Los intereses de IBM o Ford no están representados de la misma manera por la política de Washington, que por la de Pekín o Londres. Y estas referencias y apoyos políticos nacionales son claves en la lucha competitiva mundializada. Lo cual explica que haya tanto un impulso del capital "en general", esto es, considerado en su hermandad, a establecer políticas comunes -liberalización de los flujos de inversiones y comercio, defensa de la propiedad privada, etc.- a nivel planetario, y que al mismo tiempo se subyazcan intereses geopolíticos y surjan tensiones entre los Estados que despliegan políticas a favor de "sus" capitales. En este punto es necesario tener un enfoque dialéctico, esto es, entender que actúan tendencias contrapuestas, *dentro del mismo fenómeno*.

La particularidad europea

La particularidad europea, sin embargo, es que el anclaje *no puede quedar en lo estrictamente nacional, debido a la escala de la competencia, y de las empresas involucradas*. En otras palabras, la Unión Europea, es expresión de la mundialización de los capitales, y de la necesidad de competir desde un vector "europeo arraigado", esto es, *más amplio que el meramente nacional*. Refiriéndose a las razones subyacentes a la unidad europea, Lambert (1991) escribía: "En tanto la Comunidad se estancó en la década de 1979 y comienzos de la de 1980, el contexto económico mundial estaba cambiando. La creciente internacionalización del capital estaba anunciando una nueva fase de competencia internacional a nivel mundial más dura.

Las empresas líderes (Philips, Fiat, Volvo...) que se habían convertido en “europeas” al punto de pensar en términos de la Comunidad, o aún de toda Europa occidental como un hogar, ahora estimaban que las restricciones que subsistían entre los mercados dentro de Europa las dejarían en desventaja competitiva frente a sus rivales japoneses, estadounidenses o de países emergentes”. Por eso, desde mediados de la década de 1980 Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, “tomó el plan del mercado único de los industriales más importantes” (ídem). La unidad favorecía al capital alemán, en primer lugar, pero también a los capitales de los países más débiles, que podían ganar en poder de negociación en los mercados globalizados, delegando soberanía a nivel regional.

La creación de la moneda europea se inscribe entonces en esta orientación global. Con el euro se buscó acabar con las devaluaciones competitivas al interior de Europa; dar seguridades a las inversiones intra-zona y facilitar la movilidad del capital (al eliminar el riesgo cambiario); y poner presión sobre el trabajo, que debería resignarse a aceptar la lógica de la moneda fuerte. Obsérvese que hoy, los discursos de los gobiernos presentan los planes de ajuste y las reformas estructurales, como el precio “natural” de pertenecer a la unión monetaria. En otro plano, el euro intentaba disputar, bajo la hegemonía del Bundesbank, el rol del dólar como dinero mundial. Un tema que tiene importancia para el señoreo a nivel internacional, así como para la emisión de activos financieros nominados en una moneda mundial. Pero los impulsos europeístas no quedaron en la moneda. También se evidenciaron en las fusiones e integraciones de capital a nivel europeo, y en proyectos conjuntos en competencia con los estadounidenses y otros. Son los casos de Airbus, en construcción de aviones; del sector aeroespacial; o de fusiones en aerolíneas y siderúrgicas. Sin embargo, siempre estuvieron acompañados de tensiones contrapuestas, surcadas por las rivalidades nacionales. Por ejemplo, en 2004 la empresa suiza Novartis tuvo que desistir de comprar Aventis, la mayor empresa farmacéutica de Francia, debido a que el gobierno francés la declaró “de interés nacional” y apoyó que fuera comprada por Sanofi, también francesa. Conflictos intra europeos de este tipo se han registrado también en telecomunicaciones, energéticas, fabricación de barcos, trenes y turbinas y bancos, entre otros sectores. Muchas veces las tendencias nacionales tienen raíces en los capitales más débiles, incapaces de enfrentar la internacionalización; así como en comunidades y sectores del trabajo amenazados por globalización. Las disputas entre Francia e Inglaterra sobre el presupuesto europeo y las subvenciones agrícolas, son un ejemplo de estos conflictos.

El cruce entre los impulsos a la unidad y los intereses nacionalmente centrados se han reflejado también en la tensión, siempre pronta a resurgir, entre la soberanía a nivel comunitario y las soberanías nacionales. Hoy, el conflicto se pone en un primer plano a partir de la demanda de sostener el euro. Es que no existe un presupuesto federal, ni instituciones para redistribuir recursos y absorber los desequilibrios de cuenta corriente entre los países miembros, o los shocks financieros inherentes a la crisis. De ahí que la mayor delegación de soberanías nacionales, impulsada por Alemania, da lugar a reacciones y al ascenso de corrientes nacionalistas. En la misma Alemania se evidencian las tendencias contradictorias. Los capitales medianos -que

conforman la famosa *Mittlestand* industrial, y dominan nichos del mercado mundial- se oponen con más fuerza a los rescates, o a los eurobonos, que los capitales más internacionalizados. Pero de aquí no debería deducirse, mecánicamente, que lo nacional vaya a prevalecer definitivamente.

En conclusión, aun en el caso de que el euro se derrumbara, arrastrado por la crisis y las contradicciones nacionales, habría en el futuro nuevos impulsos a la unificación a escala europea. Es una necesidad que deriva, en última instancia, de la lógica de la competencia cada vez más mundializada.

Texto citado:

Lambert, J. (1991): "Europe: The Nation-State Dies Hard", *Capital & Class*, N° 43, pp. 9-24.

--

Rolando Astarita

Buenos Aires, 2011

<http://rolandoastarita.wordpress.com/>